

ME REVELARÉ A EL

(Jn 14, 21)

Pentecostés, 1986

Cristo se nos revela. Este es el verdadero secreto de la fe de los cristianos, la verdadera fuente vital de la cristiandad. Confieso que es un secreto ante el que muchos harán gestos dubitativos, sin poderlo entender.

Y, a pesar de todo, no nos parece tan incomprensible, pues algo parecido se cumple cuando dos personas se encuentran en el amor. También llega para ellas la hora en que se reconocen mutuamente como únicas, como plenitud del amor, como comunidad indestructible, como perteneciendo la una a la otra. Este secreto también permanece oculto para los demás. Pueden hacerse una idea aproximada, porque hayan experimentado algo parecido, pero no tiene acceso al secreto de esos dos seres humanos. Para ellos su secreto es algo comprensible, algo claro y evidente; aunque no lo sea para los demás y, por ello, sonríen. Ambos saben: yo conozco al otro, sé en quién confío y por qué le quiero.

LA HORA DEL CONOCIMIENTO

Muchos hombres saben exactamente la hora, el lugar y circunstancias en que se conocieron. Para algunos fue algo instantáneo, un momento lleno de intensidad, en el que les fue entregado el amor pleno y se reconocieron mutuamente para siempre. Conocer a Cristo es algo parecido. Muchos recuerdan el día, el momento, lugar y circunstancias en que, súbitamente, nació en ellos la plenitud de Cristo. San Pablo conoció este instante ante Damasco y ya no lo pudo olvidar durante el resto de su vida. Y cuántos de nosotros no pueden olvidar el momento en que llegó a ellos el espíritu de Cristo, les hizo doblar las rodillas y les puso en los labios estas palabras: Señor, yo creo en ti.

Hay otros hombres que llegaron a la plenitud del amor mutuo en un largo amanecer. Poco a poco, cada vez más, supieron lo que significaban el uno para el otro y quién era el otro. Su amor se desarrolló mucho más, tuvo una floración más hermosa; muy lentamente, sin pausa, hasta su máximo esplendor. Su amor no es menor que el de los otros.

Para muchos hombres, la autorrevelación de Cristo es algo parecido: en ellos se ha desarrollado lentamente su plenitud, como la paulatina eclosión de las flores en primavera. No podrían indicar el día y la hora en que alcanzaron la plenitud de la fe, pero se saben creyentes, conocen a Cristo en su plenitud.

EL CONOCIMIENTO PROMETIDO

El Señor ha prometido que se aparecerá a cada cristiano: "Y al que me ama, lo amaré mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él" (Jn 14,21). Jesús expresa con estas palabras lo que hasta ahora sabemos y hemos venido meditando: sólo podemos conocer a Cristo en el espíritu de Dios, únicamente de él conoceremos a Cristo como la suma verdad, la plenitud del amor de Dios.

La Sagrada escritura se refiere en muchos lugares a que sin esta revelación interior no podríamos conocer ni a Dios ni a Jesucristo. Jesús decía a Pedro que su fe no nacía de él, sino de aquella revelación interior que sólo Dios mismo puede dar:

"Porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre del cielo" (Mt 16,17)

Jesús quería decir con esto que nadie puede conocerle como hijo de Dios, con sus propias fuerzas, sino sólo aquél a quien Dios se manifiesta mediante su espíritu. Jesús dice textualmente que nadie alcanzará el conocimiento de Cristo si no es por la revelación interior de Dios:

"Bendito seas, Padre, Señor del cielo y tierra, porque si has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla." (Mt 11,25).

El conocimiento del Padre tampoco es evidente, sólo es posible a través de esa revelación interior.

"Al Padre lo conoce sólo el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiere revelar" (Mt 11,27)

Muchas veces, y encarecidamente, el Señor nos ha prometido su espíritu, que nos proporcionaría su ayuda en esta revelación interior:

"El abogado que os enviará el Padre cuando aleguéis mi nombre, el Espíritu Santo, ése os lo enseñará todo y os irá recordando todo lo que yo os he dicho" (Jn 14,26)

"Cuando venga el abogado que os voy a enviar de parte de mi Padre, el espíritu de verdad que procede del Padre, él será testigo de mi causa" (Jn 15,26)

"Cuando venga él, el espíritu de la verdad os irá guiando en la verdad toda" (Jn 16,13)

Esta autorrevelación de Cristo lleva el hombre a "verle" y conocerle. Cuando Jesús se manifiesta, el hombre se convierte en vidente y puede creer. Jesús lo llama expresamente un "ver" y promete a sus discípulos que le "verán".

"De aquí a poco el mundo no me verá más; vosotros sí me veréis, pues de la vida que yo tengo viviréis también vosotros; aquél día conoceréis que yo estoy con el Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros". (Jn 14,19 ss.)

EL COMIENZO DE UNA FE AUTÉNTICA

Esta autorrevelación de Cristo es la causa originaria y decisiva de nuestra fe, el auténtico don. Así sucedió con los apóstoles y es igual en cada creyente. Los apóstoles y discípulos de Jesús llegaron a tener auténtica fe en Jesucristo por las apariciones del Señor resucitado. Sin estas apariciones del resucitado la cristiandad se hubiera desvanecido, sin llegar a durar más que unos pocos años. No hubiera sobrevivido dos mil años. Hasta la

resurrección de Cristo, los discípulos se encontraban dubitativos, perdidos, esperaban... Sólo después de su resurrección, en las apariciones de la Pascua, llegaron a comprenderle y entender. Sólo entonces le reconocieron como la plenitud del espíritu, de la verdad, de Dios, de la vida, como camino hacia el Padre.

También nosotros, los cristianos, sólo podemos creer si Jesús se nos manifiesta. Esta autorrevelación de Cristo es para nosotros la continuación de las apariciones del Señor resucitado. Nadie tendría fe, auténtica fe, si Jesús no se nos manifestase. Sé que a muchos esta afirmación puede parecerles completamente increíble, desacostumbrada, y, sin embargo, esto es así. Y justamente en esta afirmación entenderemos que Jesús no quiere de nosotros un mero asentimiento a una fórmula de fe, sino un íntimo convencimiento, una experiencia interior, una penetración en el espíritu de Dios, una fuerza central, un sentirse llamado internamente, una cercanía y una unión profunda con Jesucristo.

La fe en Jesucristo es algo más que filosofía o especulación. Fe es encontrar a Jesús, reconocer al Señor que se ha manifestado. Fe es nuestra respuesta a la llamada de Jesús, que nos invita a acompañarle, como amigos suyos. No seríamos creyentes sin esta llamada interior y autorrevelación de Cristo. Sin la ayuda del espíritu divino no tendríamos fe en Jesucristo. La fe en Cristo comienza cuando encontramos a Jesús en el espíritu. Fe es conocer a Cristo en el espíritu de Dios. Si quisiéramos llevar la verdadera fe a los hombres de nuestros días tendríamos que guiarlos hasta que Jesús se les manifestase. Entonces creerán, no antes.

La fe no es sólo asunto de aceptar una enseñanza doctrinal, consiste principalmente en aceptar a una persona en nuestra vida: es la verdadera aceptación de Cristo. Es la estrecha adhesión a su persona, como Maestro y Señor nuestro. Es la constante búsqueda de su inextinguible misericordia. Es el sometimiento al Verbo de Dios y a la experiencia de la vida divina en nosotros. Es el conocimiento de Cristo, una participación en su perspectiva y en sus convicciones.

Para alguien que cree, Cristo lo es todo. Él es el principio y el fin de cada cosa, de toda la historia. Todo lo que va antes que Él, prepara su camino, y todo lo que le sigue, de Él procede.

Es en Cristo Jesús, Dios y hombre, en quien toda la creación halla su sentido y realización. Todo lo demás es creado sólo para completarse en Él, la obra maestra sin par y por encima de toda comparación. Él es el centro mismo de unidad, armonía y cohesión, que da todo su valor y estabilidad al universo.

LOS INFINITOS CAMINOS DEL CONOCIMIENTO

Cientos de miles de hombres de hoy pueden hablar de los grandes momentos en que se encontraron completamente, sin reservas, luminosamente, definitivamente, con Cristo. ¿Qué momentos fueron esos? Las circunstancias externas varían tanto en cada uno, como se distinguen las flores de un prado.

1. Dios se manifiesta a todos en la creación, que es como un libro describiendo las perfecciones del Señor para así hacerse conocer hasta por los más sencillos. Son pocos los que leen, descifran a Dios en este libro y pocos los que se preocupan de aprender a leerlo como Francisco de Asís y muchos otros santos, v. g. Su cántico a las creaturas. Las cosas creadas ayudan a los hombres acercarse a Dios o alejarse de Él. Todo depende del uso que hacemos.

"En verdad, son varios los que andan muy equivocados y no han reconocido a Dios y no supieron por las cosas visibles descubrir a Aquél que Es.

Han mirado las obras y no han conocido al Artesano: Fuego, viento, aire, bóveda de las mil estrellas, aguas embravecidas y antorchas del cielo, han sido para ellos los dioses y dueños del universo.

Deslumbrados por tanta belleza, si han visto dioses en las cosas creadas, sepan cuánto los supera el maestro de ellas.

Si el poderío y la irradiación de cosas creadas los han asombrado, sepan cuán poderoso es El que las creó; pues la grandeza y la hermosura de las cosas creadas dan a conocer a su Creador mucho más grande y hermoso.

Sin embargo, esos no merecen sino una ligera reprensión; quizás se extraviaron buscando a Dios y deseándolo hallar: son hombres que buscan a Dios viviendo en medio de sus obras, y se dejan enredar por las apariencias: tan hermoso es lo que ven.

Sin embargo, no tienen excusas: Si adquirieron bastante ciencia para poder investigar el universo,

¿cómo no descubrieron antes al Señor de todo?"

(Sabiduría 13, 1-9)

"En primer lugar, Dios nos hace ver cómo desde el cielo se prepara a condenar la maldad y la injusticia de toda clase, de aquellos hombres que por la injusticia mantienen a la verdad cautiva.

Porque, en realidad, lo que se puede conocer de Dios no es un secreto para ellos, pues Dios mismo se lo dio a conocer.

Pues, si bien no se puede ver a Dios, podemos, sin embargo, desde que Él hizo el mundo, contemplarlo a través de sus obras y entender por ellas que Él es eterno, poderoso y que es Dios.

De modo que no tienen disculpa, porque conocían a Dios y no lo han glorificado como le corresponde, ni le han dado gracias.

Al contrario, se perdieron en sus razonamientos y su corazón extraviado se encgueció más todavía.

Pretendían ser sabios cuando hablaba como necios.

Cambiaron la Gloria de Dios inmortal por imágenes con forma de hombre mortal, de aves, de animales o de serpientes.

Por eso, Dios dejó que fueran dominados por sus malos deseos.

Llegaron a cosas vergonzosas y deshonraron sus propios cuerpos.

Han cambiado al Dios de verdad por la mentira;

Han adorado y honrado a seres creados, prefiriéndolos al Dios creador, que es bendito por todos los siglos. Amén. Por eso, Dios permitió que fueran esclavos de pasiones vergonzosas: sus mujeres cambiaron las relaciones sexuales normales por relaciones contra la naturaleza. Igualmente los hombres, abandonando la relación natural con la mujer, se

apasionaron unos por otros, practicando torpezas, varones con varones, recibiendo en sí mismos el castigo merecido por su extravío.

Porque despreciaron a Dios al no tratar de conocerlo según la verdad, él, a su vez, los abandonó a su corazón sin conciencia, que los llevó a cometer toda clase de torpezas. Por ello andan llenos de injusticia, perversidad, codicia, maldad; rebosantes de envidia, crímenes, peleas, engaños, mala voluntad, chismes. Calumnia, desafían a Dios, son altaneros, orgullosos, farsantes, hábiles para lo malo. Se rebelan contra sus padres, son insensatos, desleales, sin amor, despiadados. Saben que Dios ha declarado que los que hacen esas cosas merecen la muerte, y sin embargo, no sólo las practican sino que además aprueban a los que las realizan."

(Rom 1, 18-32)

Francisco de Asís es el cristiano que mejor ha descubierto el mensaje de Dios en el mundo creado.

"Lado seas, mi Señor, con todas tus criaturas, especialmente el hermano Sol, por quien haces el día y nos das la luz, y es bello y radiante con gran esplendor: de ti, Altísimo, lleva significación." Cant. Sol, 3-4

"¿Quién podrá jamás expresar la dulzura que inundaba el alma de Francisco cuando encontraba en las criaturas la sabiduría, el poder y la bondad del Creador? Llenábase de inefable gozo cuantas veces miraba el sol, la luna, el firmamento y todos sus astros." (1 Celano, 80)

"Considera, ¡oh hombre! , a qué grado de perfección te ha elevado el Señor, pues crió y formó tu cuerpo a imagen del cuerpo de su amadísimo Hijo y tu espíritu a semejanza de su Espíritu." (Aviso 5, 1).

"Los corderos eran sus preferidos porque Nuestro Señor Jesucristo, por causa de su humildad, se compara con ellos muy frecuente y acertadamente en las Sagradas Escrituras." (1 Celano, 77)

"Omnipotente, altísimo, santísimo y soberano Dios, Padre santo y justo, Señor, Rey del cielo y de la tierra, te damos gracias por Ti mismo y porque, por tu santa voluntad y por tu Hijo único, en el Espíritu Santo, creaste todas las cosas espirituales y corporales." (1 Regla, XXIII, 1-2).

"Caminando, le sucedía muy a menudo, por tanto meditar y cantar a Jesús olvidarse de su viaje e invitar a todas las criaturas a juntarse con él en la alabanza de Jesús." (1 Celano, 115)

"Daba el nombre de hermano a toda criatura." (1 Celano,81)

2. Uno puede leer en la Biblia, esta carta de amor que Dios nos ha escrito, porque buscaba algo. Durante mucho tiempo intentó comprender lo que allí estaba escrito. Intuía un secreto, la solución de sus problemas. Buscó con la esperanza de encontrar lo

que buscaba: respuesta para los interrogantes que le atormentaban, respuesta a las grandes dudas, que se le habían planteado durante toda su vida. Siguió leyendo durante meses hasta que un día le sucedió lo que a San Agustín, oyó una voz: "Coge y lee..... " Abrió el libro y se le cayeron como escamas de los ojos: es la palabra, la verdad, la vida, la proximidad tuya, Señor..... Desde entonces ya no leerá con indiferencia este libro, se arrodilla ante él y piensa: es la palabra de Dios, Señor, yo creo..... Entonces comprende las palabras de los discípulos de Emaús: "¿No estábamos en ascuas mientras nos hablaba por el camino explicándonos las Escrituras?" (Lc 24,32).

3. Para otros fue la Catequesis de la escuela, que sembró la fe en el alma infantil como una semilla. Y esta semilla de la vieja catequesis crece durante toda la vida, hasta ser una planta vigorosa.
4. Otros aprendieron a creer en Cristo por la oración. Desde el tímido comienzo de la fe este hombre conoció la revelación y la luz interior de Cristo. Por esta razón hubo de "marchar al desierto", como Pablo (Gál 1, 21 ss.), para mejor y más profundamente vivir la autorrevelación de Cristo. San Pablo pasó tres años solo en el "desierto", a solas con Cristo, porque necesitaba esta soledad.

"Por eso la voy a conquistar

Y la llevaré al desierto, donde hablaré a su corazón. (Oseas 2,16)

Millones de hombres conocen en la plegaria y el recogimiento la autorrevelación de Cristo. El verdadero secreto de la plegaria consiste en que Cristo se manifiesta al hombre en su espíritu. El Señor se manifiesta en la plegaria, la fe crece en ella. El pozo del alma se llena con el manantial de Dios en la plegaria, como dijo Cristo:

"El que beba el agua que yo voy a dar nunca más tendrá sed, porque esa agua se le convertirá dentro en un manantial que estará saltando para una vida sin término" (Jn 4, 14).

5. Otro pudo encontrar a la comunidad religiosa, siendo incrédulo. Supo que allí se encontraba la vida, la perfección, la verdad y el amor. Se fijó en la comunidad para sentir en ella la presencia de Cristo.
6. Para otros, fueron los padres. La luz de Cristo envolvió al niño desde su primer instante de lucidez: la fe de un hogar cristiano. La luz llenó su corazón desde la infancia hasta que, plenamente consciente, aceptó a Cristo. Si preguntásemos a estos hombres: ¿por qué crees en Cristo?, no sabrían qué decir. Pues la luz de Cristo les ilumina como el resplandor del sol, claramente, les da calor, fuerzas, vida. Cristo se les aparece día a día. ¿Por qué razón no iba a creer?. Los demás pueden no comprender por qué aquél hombre cree. Cree, porque ve.
7. Algún otro encontró a Cristo en un sermón. Estaba allí, escuchando y el agua inundó su alma. Salió y no supo que le sucedía, pues estaba lleno de algo que no sabía explicar. Sabía una sola cosa: no puedo vivir más que en este estado de plenitud, debo encontrarlo. Por primera vez brotó de su boca: Señor, permíteme entrar en esa plenitud. El Señor le llamó y le dijo: "Ven...". El le siguió sin preguntar, aunque tenía

aún mil dudas. Pero sabía: el Señor me necesita, me llama y yo le sigo sin vacilaciones, porque él me llevará por su senda.

8. Uno encontró a un hombre y al prestarle atención y escucharle atentamente percibió acentos que conmovieron su corazón. Espera algo de aquella persona y busca entablar una estrecha relación con ella. Desea hacerle preguntas, hablar con ella, porque es alguien que tiene fe, un hombre que tiene ya lo que él busca todavía. Cuando habla le invade una poderosa energía, luz, vitalidad y esperanza. Si habla con él siente la presencia del espíritu de Dios, del que nada sabía antes y al que no podía llegar a conocer. Aquella persona será el camino, el mediador, la cercanía de Cristo. Quien encuentra a este hombre que puede guiarle por el camino hacia el conocimiento de Cristo, dirá un día: Señor, creo; te doy las gracias por haberte conocido....Si no hubiese sido por aquella persona nunca hubiese encontrado la fe en Cristo. A él le debe su fe. Sin él hubiera seguido incrédulo. Fue para él como la luz en las tinieblas hasta que encontró la plenitud de la luz.
9. Para otro sucedió durante la celebración de la Eucaristía. También éste era un incrédulo que andaba buscando, lleno de nostalgia, la verdad, la sabiduría y la auténtica vida. Fue una casualidad que estuviese en la misa; pero entonces la mano de Dios se posó sobre él, como el mar inunda la tierra: el hombre sabe entonces que Dios está allí, que la verdad le sale al encuentro, que ha encontrado la raíz de la vida, que Dios le mira, que este acontecimiento está lleno de Dios. Pronuncia ahora las palabras que brotan desde lo más íntimo de su corazón: Señor, creo en ti, creo que estás cerca.... Por primera vez en su vida, y después de una larga infancia, este hombre puede hablar de aquella fe, que le une a Cristo y a Dios Padre, por medio de Cristo. Durante toda su vida el hombre se preguntará: ¿Cómo llegué en realidad a la fe? Nunca podrá explicarse la verdadera razón. Ha sido el Espíritu de Cristo quien le ha encontrado a él, por este espíritu ha conocido la presencia de Cristo. Por este espíritu ha sentido que Dios estaba presente en la celebración de la misa, que ha experimentado como plenitud de vida. Este es el motivo por el que cree. ¿Por qué? Queda el secreto del amor entre ese hombre y Dios.
10. Un hombre entró sin fe en una iglesia mientras sonaba el órgano. En ese preciso instante vio el desorden de su propia vida y conoció con claridad meridiana la armonía de Cristo. Cristo fue a su encuentro: El es la armonía de Cristo., el amor armonioso, la verdad, tesoro de este mundo, el camino hacia la auténtica armonía.... En este instante de conocimiento el hombre se sintió profundamente sobrecogido, de una forma que aún no puede explicarse. Sólo sabe que algo le ha conmovido en lo más profundo de su ser. Podría llamarse a eso intuición, una mirada en la plenitud de Cristo y de la verdad; una omnicomprensión a plena luz, sin poder reconocer los detalles. Lo que en este momento le ha sido dado como intuición, conocimiento total, se convertirá en comprensión a lo largo de toda una vida.
11. Otro, sin ser creyente, se convirtió en Lourdes. Allí vio a hombres en oración, que con brazos extendidos hablaban con su Dios, que él no podía ver. Experimentó la fuerza de Dios, operando en miles de hombres, que regresaban a sus casas confortados, erguidos, a pesar de estar postrados en camillas. Gracias al espíritu de Dios conoció la fuerza, el

espíritu, la acción de Cristo, a Dios mismo. Y se arrodilló ante Cristo presente y él le bendijo.

El que ha conocido en el espíritu de Dios esta autorrevelación de Cristo puede creer en un Cristo vivo, porque el espíritu de Dios se lo ha manifestado; y en el espíritu de Dios será él mismo testigo para los demás.

¿QUÉ ES LA FE?

Ahora comprendemos lo que significa la fórmula "obediencia de la fe" (Rom 16,26), de la que habla la Sagrada Escritura. Cuando Dios se nos ha "manifestado", se nos abren internamente los ojos y vemos con claridad la infinitud, grandeza, amor y autoridad de Dios. Entonces nuestro corazón vibra de tal manera que todo nuestro ser se entrega a Dios, nos confiamos a él, le entregamos nuestra vida. No había auténtica fe en Dios y su revelación sin esa acción del espíritu en nosotros. Esta "ayuda interior del Espíritu Santo abre los ojos del alma, moviendo e impulsando los corazones hacia Dios"; algunas veces los hombres la sentimos como una sacudida, otras apenas la percibimos. Pero no hay auténtica fe sin esta revelación interna que, en el hombre, coincide con la "experiencia religiosa".

En este sentido el Concilio Vaticano II dice en la Constitución dogmática "Dei Verbum":

"Cuando Dios revela, el hombre tiene que someterse con la fe (Rom 16,26). Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela. Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede a todos gusto en aceptar y creer la verdad".
(Vat. II, Dei Verbum núm.5).

Oración

¡REPITE TU PENTECOSTÉS!

Oh Espíritu Santo: Repite tu Pentecostés,
dando una lengua de fuego
a quienes envías por el mundo
a proclamar las maravillas de Dios.

Repite tu Pentecostés y repítelo sin cesar
en los corazones más insensibles,
que tienen tanta necesidad de ser reanimados,
de ser nuevamente redimidos.

Repite tu Pentecostés en quienes lo desean y
vuelven a ser movidos por el soplo de tu amor,
por tu ardiente luz, por tu fuerza de acción.

Repite tu Pentecostés con la violencia
que te permitió antaño
transformar, de repente, los discípulos miedosos
en testigos denodados.

Repite tu Pentecostés transmitiéndonos
tu divina embriaguez,
ese devorador celo que quiere hacer conocer
y hacer amar a Cristo.

Repite tu Pentecostés en nosotros
para irradiar más y más a Cristo,
y que para nosotros cada instante sea Pentecostés,
a todo lo largo de nuestra vida.

Muy unidos en Jesús, María, los Santos Apóstoles y Francisco de Asís.

Un hermano sacerdote,

P. Eusebe H. Ménard.